

de significaciones propias del eleatismo. Ciertamente es llevar las cosas al extremo el suponer, como lo ha hecho Calogero, en sus *Studi sull'eleatismo*, que éste ha sido el principal fin que Gorgias se ha propuesto alcanzar en esa obra, o el suponer, como Bux, en su artículo *Gorgias und Parmenides*, *Hermes*, 76, 1941, págs. 393-407, que Gorgias no hace otra cosa que desarrollar una serie de antítesis, en oposición a la filosofía de Parménides, sólo como ejercicio. No obstante, no puede desecharse el hecho de que es el eleatismo el que le brinda al sofista todos los elementos que entran en su tratado, y que éstos sólo pueden entenderse plenamente tomados bajo el signo del eleatismo. Esto revela hasta qué punto Gorgias tiene a la vista tal filosofía y hasta qué punto sus ataques la tienen como blanco. Lo poco que sabemos de Xeníades (*Sext., adv. Math.*, VII, 53 = Diels 81), a quien Untersteiner liga correctamente con Gorgias en contra del parecer de Zeller, no puede comprenderse cabalmente, como nuestro mismo autor reconoce, sino como una polémica contra los eleatas.

Éstos, sin embargo, son detalles de poca monta, y como éstos hay otros, que no opacan las excelencias de este libro, verdadera obra ejemplar de historia de la filosofía.

ADOLFO GARCÍA DÍAZ

Companion to the pre-socratic philosophers, por Kathleen Freeman.
Ed. Blackwell, Oxford, 1953.

El propósito que ha guiado a la autora de este libro ha sido el ofrecer a los estudiantes una ayuda para acceder al pensamiento y vida de los filósofos presocráticos. Dadas las dificultades con que necesariamente tropieza todo aquel que por primera vez acude al copioso material coleccionado por Diels en *Die Fragmente der Vorsokratiker*, es muy loable esta labor de la Dra. Freeman. El libro sigue la orde-

nación de la 5ª ed. del Diels, tanto por lo que toca al orden de colocación de estos pensadores, cuanto por la distribución de los testimonios y los fragmentos de cada uno. Pero, además, en correspondencia con el tercer tomo del Diels, la autora nos ofrece al final del libro una lista de autoridades, que contiene, con muy pocas excepciones, los mismos nombres que la dada por Diels en su *Stellenregister*, acompañada cada una de los datos acerca de su lugar de origen, su fecha aproximada y sus obras principales. Las citas en griego están colocadas fuera del texto, con el fin de hacer utilizable esta obra aun a aquellos que no posean ningún conocimiento del idioma griego. Esto mismo ha llevado a la Dra. Freeman a elaborar una traducción de todos los fragmentos de los presocráticos en el libro, publicado por la misma editorial, que responde al título de *Anticilla to the pre-socratic philosophers*, y que es complemento indispensable de éste que ahora nos ocupa.

Por su claridad y sencillez, acompañadas de un profundo conocimiento de los hechos e interpretaciones más destacadas sobre el pensamiento de los presocráticos, así como por la autoridad que le presta su autora, este libro es un instrumento valiosísimo de trabajo. Lo recomendamos muy calurosamente a todos los estudiantes de filosofía, tanto como a toda persona deseosa de conocer ese mundo griego espiritual tan rico y sugerente que floreció antes de Sócrates.

La filosofía científica, por Hans Reichenbach; trad. Horacio Flores Sánchez. Fondo de Cultura Económica, México, 1953.

Hace más de 20 años la *Revista de Occidente* publicó en Madrid una obra de Reichenbach titulada *Átomo y Cosmos*, en la cual se expuso esta opinión: "A pesar de su gran respeto por los hechos, la física no es exclusivamente una colección de hechos; es una cons-

trucción creadora, erigida sobre la base de los hechos, pero que en el alcance de sus enunciados se extiende mucho más allá de lo inmediatamente observable.”

Esta idea de la ciencia es muy plausible, aunque no sea precisamente original: antes y después de Reichenbach, otros científicos y filósofos se han percatado de que es un hecho que la ciencia no se limita a coleccionar hechos. Einstein y Weyl, entre otros, han recalcado el aspecto constructivo, de creación teórica, inherente al trabajo científico. Por el contrario, nadie ha propuesto la tesis de que la ciencia pudiese desdeñar los hechos y construirse como pura invención, sin atención ni respeto por la realidad. Ahora bien, la paradoja del caso estriba en que algunos hombres de ciencia, como el propio Reichenbach, cuando salen de su dominio especial en busca de horizontes más amplios para su pensamiento, se creen autorizados a prescindir de esas mismas normas de rigor metódico y de sumisión originaria a los hechos, que tan pulcramente aplican en su propio campo. Esta llamada *Filosofía Científica* de Reichenbach constituye uno de los ejemplos más recientes y menos justificables que se han producido para ilustrar esa curiosa inconsecuencia.

Sobre la base de un estudio extraordinariamente sumario de la historia de la filosofía, el profesor Reichenbach se adelanta a dividirla en dos etapas muy desiguales, cuya extensión está en razón inversa de su valor. La primera y más larga, en efecto, es simplemente la etapa del error; la segunda, que se inicia en el siglo XIX y en la cual nos encontramos, es la etapa en que el error ha sido superado. Ésta es la tesis de Reichenbach. Su libro ha sido publicado originariamente en los Estados Unidos, hace sólo tres años.

Si fuera necesario entrar en debate con Reichenbach respecto de los supuestos filosóficos de su idea de la verdad, podría argumentarse de este modo en

favor de toda la filosofía anterior al siglo XIX. Pero no se trata de una defensa de la filosofía tradicional, frente al candoroso ataque de otra filosofía que, con llamarse científica, cree haber logrado la verdad definitiva: esto lo creyeron también muchos filósofos del pasado. De lo que se trataría, si acaso, es de defender la historia. No podemos por menos de imaginar que Reichenbach ignora que la historia también es una ciencia (aunque no le sirva de nada la lógica matemática que tan eminentemente cultiva Reichenbach), y que esta ciencia se ha constituido como tal, con fundamentos y métodos rigurosos, precisamente en el siglo XIX. Nadie está autorizado, por eminente que sea en un determinado campo científico, a manejar los *hechos* de otro campo con tan gallarda soltura. Los hechos históricos, si se consideran científicamente, presentan también al pensador la necesidad de una construcción teórica que, al explicarlos, logra rebasarlos. Pero lo mismo en historia que en física, la construcción ha de partir de los hechos, y no es legítima si resulta de generalizaciones infundadas o precipitadas. Los pensamientos filosóficos son también hechos históricos, y su consideración requiere entonces el concurso de las dos técnicas o métodos: el filosófico y el historiográfico. Sin estos recursos, aplicados con el rigor debido, las opiniones que se emitan serán *meras opiniones*, es decir, aquello que desde Platón y Aristóteles se contrapone a la verdadera ciencia.

Aunque sean las de un hombre de ciencia distinguido, las opiniones del profesor Reichenbach en este libro suyo no son científicas, y es tanto más urgente llamar la atención de los lectores sobre este hecho, cuanto que puede resultar perturbadora la influencia que ejerza en un dominio en el cual no es competente el prestigio que un científico haya logrado mercedamente en su dominio propio.